



FERNANDO TORRES-EDITOR

ARTE
CINE
COMUNICACION

NUEVOS SIGNOS
Lamberto Pignotti

PARA ANALIZAR
LOS MASS MEDIA
Albert Kientz

IMAGEN
Y COMUNICACION
A. M. Thibault-Laulan,
Escarpit, Moles y otros

PROXIMA APARICION:

FRANÇOIS TRUFFAUT
Dominique Fanne, con prólogo
de Jeanne Moreau

EL ARTE EN LA SOCIEDAD
CONTEMPORANEA
Colectivo

Fernando Torres - Editor
Cirilo Amorós, 71 - Valencia-4-Tel. 22 75 20



Mary Barnes.

enfermeras, y finalmente, diagnosticada como esquizofrénica. Se quedó en el pabellón de Kingsley Hall, a cargo del padre de la antipsiquiatría —aunque la palabra «padre» sea contraria a la antipsiquiatría cuando se aplica a quien no lo es de una manera natural— Laing. Joseph Berke, que había estudiado Medicina en Nueva York (con el doctor Thompson, otra figura importantísima en el nuevo concepto de la enfermedad mental), leyó un día «El ego dividido» («The divided self»), de Laing, y decidió ir a Londres para estudiar con él. Allí conoció a la paciente Mary Barnes, «a la vez, una niña, una adolescente, una mujer; vibrante, encantadora, carismática». ¿Un encuentro providencial? En el lenguaje de Berke, como Mary Barnes «debe encontrarse consigo misma como mujer, terminó por crearse una situación, gracias a la cual nos encontramos, y yo asistí a su proceso de desintegración y resurrección».

Todo lo que sucedió aparece relatado en un libro de doble testimonio: el de Mary Barnes y el de Joseph Berke (1). Es decir, que el relato del «viaje a través de la locura» (como dice su título original) está

(1) Mary Barnes y Joseph Berke, «Viaje a través de la locura», traducción de Amparo García Burgos, prólogo del doctor Ramón Sarrió, Ediciones Martínez Roca, Sociedad Anónima, Barcelona, 1974. Título original: «Mary Barnes, two accounts of a journey through madness». MacGibbon and Kneel. London, 1971.

hecho desde los dos puntos de vista que poco a poco van acordándose. Es, naturalmente, no sólo una Memoria de dos individuos, sino la narración de un medio familiar, de una comunidad antipsiquiátrica, de situaciones, de anécdotas, de personajes. Tiene el lenguaje de una novela, está deliberadamente desprofesionalizado —a pesar de que tanto Mary Barnes, por su calidad de enfermera, como Joseph Berke, por la de médico, están en posesión de lenguaje secreto y críptico de la ciencia—; a veces aparece en él un cierto tinte místico, el de la fe de los descubridores de algo que van viendo como funciona y no saben todavía exactamente por qué. Es claramente apasionante. Esta edición española lleva un prólogo del doctor Ramón Sarrió, escritor dedicado desde hace muchos años a la divulgación de la psiquiatría en España, que se resiste demasiado al cientifismo de lenguaje, que expresa sus dudas de clásico sobre la «Tercera revolución psiquiátrica» y que duda mucho de que el diagnóstico de esquizofrenia de Mary Barnes fuese el aceptado, pero que sigue encontrando que lo esencial en psiquiatría es la psicoterapia, y que la forma en que la ha practicado Berke y como se ha llevado adelante en Kingsley Hall conecta sencillamente con cualquier otro método en que es la personalidad patética del médico volcado enteramente hacia su pa-

ciente. Es decir, que lo que admira esencialmente es la «pasión psicológica y psicoterapéutica» del médico Berke, «que a todos debe inspirar reverencia». Prólogo crítico, de ninguna manera obvio, pero que probablemente hubiese estado mejor colocado al final del libro —permitiendo al lector un reflejo de opiniones distintas a las que acabase de leer— que al principio —predispóniéndole ya a una actitud reservada hacia lo que sigue—.

Se participe o no del contenido de la antipsiquiatría (2), la lectura de este libro es apasionante. No solamente nos mete en la vida de sus protagonistas y de los ambientes en que están o estuvieron, sino que nos hace comprender muchos de los problemas del mundo de hoy. ■ P. B.

**Burgos:
topical Sevilla**

«Compendio de la gran riqueza folklórica que atesora nuestro país» llama irónicamente Antonio Burgos al conjunto de trabajos periodísticos reunidos ahora en libro por Ediciones 29 bajo el título «Topical Spanish».

La mayor parte de estos quince trabajos aparecieron originariamente en TRIUNFO («Los maletillas, frustración y mito», «La Sevilla de los refugios», «La Andalucía de Blanco White», «Leyenda y arenales del Rocío», «El Robinson bello de la sierra de Hornachos», etcétera), y casi todos tienen como temática central a Andalucía, y en particular a Sevilla: «a la alegre y

(2) TRIUNFO se ha ocupado numerosas veces de este tema. Recordemos «La infancia y el entorno represivo», E. Chamorro, núm. 422; «Antipsiquiatría y anticultura», P. Berbén, número 510; «¿Cree usted en la esquizofrenia?», J. L. Giménez Frontin, núm. 512; «Los antipsiquiatras en acción», D. Enrique, núm. 528; «El viaje de Mary Barnes», F. Guattari, número 576; «Antipsiquiatría: José Berke» (entrevista), número 550; «Psiquiatría extramuros», J. A. Valtueña, núm. 598.

confiada Sevilla, que ve en la televisión y oye en los discursos lo bien que van las cosas en el Sur; a la Sevilla de maxifaldas y pantalones; a la Sevilla que juega a la calle Serrano en Vía Veneto, en la Bodeguita Romero o en El Nuevo Coliseo; a la Sevilla consumistamente contestataria de bigotes a lo Jivago, barbas a lo Castellet y chaquetas a lo Eugenio Triás». Y, sobre todo, a la otra Sevilla: la de los refugios, los jornaleros del flamenco, las Casitas Bajas...

Y aunque estos trabajos no nacieron con vocación unitaria, sino que fueron motivados por las mayores o menores urgencias de la actualidad, aparecen ahora con una unidad: la que les da su intención crítica, expresada ya en el encabezamiento del mismo índice, llamado aquí «pregón sarcástico sobre los tópicos de España». Con sarcasmo y con tristeza, Burgos presenta el envés de esta Sevilla-España satisfecha que por el haz se ve a la par tradicional y desarrollista. Y la presenta con unas lacras que no parecen tener trazas de desaparecer; así, lo que en su día fue materia aparentemente percedera de una tarea periodística, aparece ahora como durable y permanente: aquí también sólo lo fugitivo permanece y dura. Y en este haz y envés, «la belleza y alegría de la fiesta nacional» se muestra como «la frustración y «mito» de los maletillas; «el encanto sin par de las casas con patios y rejías floridas» deviene en «la Sevilla de los refugios»; «la veneración por las grandes obras literarias» nos lleva a «Simplemente María», y el recuerdo permanente de «las escencias patrias» (Indíbil y Mandonio, Viriato, Don Pelayo...), a una histórica carrera a calzón quitado, gritando: «Bienvenido, Mr. Ford».

Pero se cuida mucho Burgos de derribar un tópico para erigir otro en su lugar. Sólo intenta colocar las cosas en su sitio, al que tan ajenas se hallan, sobre todo «en una Andalucía que

por todos los medios trata de aparentar mejor vida de la que lleva y que aparece en el baile de disfraces del desarrollo con tecnocráticos atuendos de empresarios agrícolas, de ejecutivos de delegaciones de empresas catalanas o inversores de Telefónicas». Esta Andalucía tradicional sujeto paciente de tantos raids propagandísticos hechos «a golpe de discurso» y que por debajo de las máscaras de hoy tan semejante se mantiene a aquella otra del José María Blanco White encarcelado por Menéndez Pelayo, rescatado por Llorens, Garnica y Goytisolo, y glosado aquí por Antonio Burgos, natural y vecino también de esta Sevilla que no acaba de salir de una noche como aquella que por vez primera vio el Adán de «Mysterious night». ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

ARTE

La galería Aele, que desde que se fundó, hace ya un año, mantiene bien izada la bandera de la cultura de la América del Sur en Madrid, tiene abierta ahora una exposición de ocho artistas venezolanos. Eso de que en Madrid haya una galería exclusivamente dedicada al arte de aquellas tierras se lo debe mos a la chilena Carmen Waugh, a la cual tenemos que agradecerse.

Ocho artistas venezolanos

Me parece que el único nexito unitivo de esos ocho artistas es sólo el dato que ya figura en su pasaporte: el de ser todos ellos venezolanos. A dos de ellos ya los

conocía yo: a Mercedes Pardo, a la que conocí en París hace algunos años, llevado por Vigas. Si no equivoco mi identificación, allí vivía con su esposo, el también pintor venezolano Alejandro Otero. El otro conocido era, claro, Vigas.

Osvaldo Vigas —a mí me gusta escribirle su nombre así, con una «v» sencilla— llegó a ser «agregado cultural» de su país en París, pero en los doce años que permaneció allí fue mucho más que eso: fue, a título personal y gracioso, embajador de la cultura de nuestra lengua en París. Osvaldo tenía allí resortes para todo, y no porque en alguna ocasión hubiese tenido un cargo diplomático, sino porque siempre fue un gran amigo de sus amigos y a todo el mundo hacia beneficiario de su simpatía arrolladora.

Me ha dado alegría volver a ver sus cuadros, porque, claro, se han transformado con el paso del tiempo, pero continúan siendo de él. A través de los años, los he visto evolucionar y seguir fieles a su generatriz inicial... Vigas iba adquiriendo conocimientos que, ciertamente, incidían en su forma, pero continuaba virgen su núcleo germinativo. Traía de su tierra venezolana una especie de núcleo indestructible y permanente. Sobre eso se superponían sus ideas adquiridas, de manera que la pintura de Vigas había conseguido unificar lo que siempre pareció definitivamente adverso: el vegetalismo y la geometría —sus ideas y su naturaleza, lo que era y lo que pensaba—. No pudo evitar nunca que su fermento nutritivo aflorase en él por encima de su conocimiento casi científico —no hay que olvidar que era un médico, un hombre de ciencia—. Pero lo que verdaderamente importaba en él es que todo eso —su

pensamiento y su vida, lo que era y lo que pensaba, su ser y su estar— había sabido transformarlo en pintura y a floraba en él armónicamente, pictóricamente, como si no hubiese tenido que afrontar, y que vencer, una contradicción: eso que yo llamo a veces «contradicción creadora».

A Mercedes Pardo —creo que era ella— la conocí en su casa de París, con su marido, Alejandro Otero, introducido, claro, por Vigas. También ella ha permanecido fiel a un sentido «concreto» del arte, realizado en grandes estructuras formales, sin modulación cromática alguna. Lo peculiar de ella —ahora por lo menos, cuando vuelvo a ver su obra— es que el dictado geométrico no le impone ninguna normativa y que sus cuadros parecen más organizados por una analítica espacial que por una organización puramente óptica.

A los otros seis no los conozco más que por «esas» obras que tienen ahí, en la galería Aele. Parece que no, pero ese cotejo entre lo que hacían y lo que hacen es bastante decisivo para establecer un diagnóstico mínimo de su dirección pictórica. De todas maneras...

José Antonio Dávila pretende, sin duda, ser el intérprete de una serie de realidades de hoy, a las cuales antologiza en ese personaje al cual Keyserling señalaba como nuestro prototipo, el «hombre-chófer» que para él es el conductor de los monstruos de nuestras carreteras. Para expresar a ese personaje de hoy, Dávila escoge a una estética muy de hoy, la de los llamados «comics». No es que Dávila trate de exaltarla: es que trata de señalarla como característica de nuestra expresión más habitual. Doménico Casasanta, que, como su nombre indica, tiene un origen

italiano, es, precisamente por eso, un venezolano típico. Es venezolano incluso por la preocupación «concreta» de su escultura. Escultura concreta, ciertamente, pero mucho más «óptica» que puramente espacialista o experimentalista del espacio. Una serie de formas insinuadas, nucleadoras de sus objetos-esculturas, emergiendo visualmente de una teoría serial de sus formas permanentes...

Teresa Casanova es más una plasticista que una pintora «concreta». Recuerdo ahora, muy especialmente, de ella, un cuadro perfectamente cuadrangular, en el cual se inscribe una forma perfectamente circular, dentro de la cual se exhiben angulaciones muy precisamente «mondrianescas».

Francisco Narváez, que tendrá ahora setenta años, sorprende por la densidad juvenil de su experimentación. El opone la dualidad Naturaleza-geometría de una manera drástica: no —como Vigas— de una forma casi inconsciente, sino con toda deliberación. El busca contrastar su construcción con la creación, en donde lo último asume la irresponsable organicidad de la Naturaleza...

Alirio Rodríguez, por lo que puedo verle, trata de constatar, no de analizar, el carácter vorticista del dinamismo. Y lo expresa oponiendo la imprecisa curvación de la dinamicidad misma a la estaticidad recta de lo que es permanente.

En fin, Nax Pedemonte insinúa en su obra a un artista «pop» en ciernes. Lo insinúa, pero... A él lo que le interesa fundamentalmente es señalar el contraste entre las formas discretamente «orgánicas» de un fragmento de juguete, y las formas más o menos estructuradas de una geometría sometida a la acción demiúrgica del carpintero... pero de alguna manera también libres de esa coyunda.

Taller Ediciones JB

COLECCION TALLER DOS

NOVEDAD «SERIE: CINE»

carlos saura

DE ENRIQUE BRASO

350 páginas 315 grabados

- Introducción histórica.
• Biografía de Carlos Saura.
• Estudio crítico y entrevistas sobre cada una de sus películas.
• Filmografía y bibliografía.
• Análisis visual de cada uno de sus films: 315 grabados.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

Taller Ediciones JB

ambrós, 8 madrid-28 teléfono 255 12 66